A man in historical attire, including a dark tunic with red accents and a white fringed sash, stands on a rocky outcrop. He holds a long spear with a wooden shaft and a metal tip. The background features a sunset over a landscape of rolling hills and tall grasses, with the sun low on the horizon, casting a warm, golden glow.

HOMBRES *de*

Cinco hombres fieles que Dios usó para cambiar la eternidad

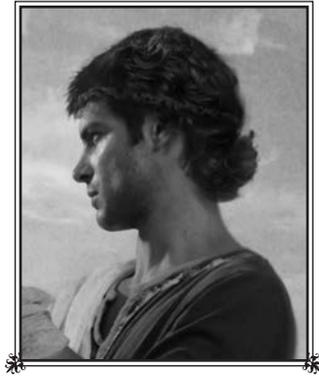
VALOR



FRANCINE RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

HOMBRES DE VALOR



HOMBRES *de*

Cinco hombres fieles que Dios usó para cambiar la eternidad

VALOR



FRANCINE
RIVERS



Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Entérese de las últimas novedades sobre Francine Rivers en www.francinerivers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Hombres de valor: Cinco hombres fieles que Dios usó para cambiar la eternidad

© 2019 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Sons of Encouragement by Francine Rivers. *The Priest* copyright © 2004 by Francine Rivers. All rights reserved. *The Warrior* and *The Prince* copyright © 2005 by Francine Rivers. All rights reserved. *The Prophet* copyright © 2006 by Francine Rivers. All rights reserved. *The Scribe* copyright © 2007 by Francine Rivers. All rights reserved.

Originalmente publicado en inglés como *Sons of Encouragement* por Francine Rivers. *The Priest* © 2004 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados. *The Warrior* y *The Prince* © 2005 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados. *The Prophet* © 2006 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados. *The Scribe* © 2007 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Published by arrangement with Browne & Miller Literary Associates, LLC.

Publicado bajo acuerdo con Browne & Miller Literary Associates, LLC.

Las secciones de «Busque y Encuentre» fueron escritas por Peggy Lynch.

Ilustración de la portada © 2010 por Robert Papp. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © 2014 por Elaina Burdo. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jessie McGrath

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral de Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rivers, Francine, date- author. | Rivers, Francine, date- Priest. Spanish. | Rivers, Francine, date- Warrior. Spanish. | Rivers, Francine, date- Prince. Spanish. | Rivers, Francine, date- Prophet. Spanish. | Rivers, Francine, date- Scribe. Spanish.

Title: *Hombres de valor : cinco hombres fieles que dios usó para cambiar la eternidad* / Francine Rivers.

Other titles: *Sons of Encouragement*. Spanish

Description: Carol Stream, Illinois : Tyndale House Publishers, Inc., 2019.

Identifiers: LCCN 2019014798 | ISBN 9781496438904 (sc)

Subjects: | LCGFT: Bible fiction.

Classification: LCC PS3568.I83165 S6618 2019 | DDC 813/.54—dc23 LC record available at <https://lccn.loc.gov/2019014798>

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

25 24 23 22 21 20 19
7 6 5 4 3 2 1

contenido

Agradecimientos	9
Prólogo	11
<i>El sacerdote</i>	13
<i>El guerrero</i>	165
<i>El príncipe</i>	303
<i>El profeta</i>	447
<i>El escriba</i>	577
Acerca de la autora	715
Libros de Francine Rivers	717

prólogo

Querido lector:

Las cinco novelas cortas en este tomo hablan de hombres bíblicos de fe que sirvieron a la sombra de otros. Eran hombres nativos del Medio Oriente que vivieron en la antigüedad; sin embargo, sus historias se aplican a nuestra vida y a los temas complicados que enfrentamos en el mundo actual. Vivieron al límite. Fueron valientes. Corrieron riesgos. Hicieron lo que nadie esperaba. Llevaron vidas intrépidas y, a veces, cometieron errores... grandes errores. Estos hombres no eran perfectos y, no obstante, Dios, en Su infinita misericordia, los usó en Su plan perfecto para revelarse a Sí mismo al mundo.

Vivimos en tiempos desesperados, llenos de problemas, y millones de personas buscan respuestas. Estos hombres señalan el camino. Las lecciones que podemos aprender de ellos se aplican tanto a nuestra actualidad como a la que ellos vivieron hace miles de años.

Son hombres históricos, que vivieron de verdad. Sus historias, según las he contado, están basadas en los relatos bíblicos.

Para una lectura más minuciosa de la vida de Aarón, vea los libros de Éxodo, Levítico y Números. Además, compare a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, según lo describe el libro de Hebreos.

Para los hechos que conocemos sobre la vida de Caleb, vea los libros de Números, Josué y el comienzo de Jueces. Caleb vivió el mandamiento de Dios que está en Deuteronomio 6:5: «Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Que mostremos su pasión y su entrega al seguir a nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Para los datos que conocemos sobre la vida de Jonatán, vea los libros de 1 y 2 Samuel.

Para los hechos que conocemos sobre la vida de Amós, vea el libro bíblico que lleva su nombre.

Para los hechos que conocemos sobre la vida de Silas, vea Hechos 15:22–19:10; 2 Corintios 1:19; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1 y 1 Pedro 5:12.

Estas novelas cortas son, además, obras de ficción histórica. El bosquejo de cada historia fue proporcionado por la Biblia, y yo comencé con la información que ella nos brinda. Sobre esa base, he creado la acción, los diálogos, las motivaciones internas y, en algunos casos, personajes adicionales que siento que son congruentes con la crónica bíblica. He tratado de mantenerme fiel al mensaje de las Escrituras en todos los aspectos, añadiendo solo lo necesario para contribuir a nuestra comprensión de dicho mensaje.

Al final de cada novela, hemos incluido una breve sección de estudio. La máxima autoridad sobre las personas de la Biblia es la Biblia misma. Lo animo a leerla para lograr entenderla más. Y oro para que, cuando lea la Biblia, tome conciencia de la continuidad, la coherencia y la confirmación del plan de Dios para todos los tiempos: un plan que lo incluye a usted.

Francine Rivers

LIBRO UNO

EL SACERDOTE



UNO



AARÓN TENÍA LA SENSACIÓN de que había alguien parado cerca de él mientras desataba el molde y dejaba a un costado el ladrillo seco. Su piel le cosquilleaba por el miedo. Levantó la vista, pero no había nadie cerca. El capataz hebreo más cercano estaba supervisando la carga de ladrillos a una carreta para alguna agregación a una fase de las ciudades de almacenamiento del faraón. Se limpió el sudor que tenía sobre el labio superior y volvió a agacharse para seguir trabajando.

Por toda esa región, los niños, tostados por el sol y agotados por el trabajo, llevaban paja a las mujeres, quienes la sacudían como una manta sobre el foso de barro antes de pisotearla. Hombres empapados en sudor llenaban los baldes y se doblaban bajo el peso mientras volcaban el barro en los moldes para ladrillos. Desde el alba hasta el atardecer, el trabajo continuaba sin cesar, dejándoles solo unas pocas horas del crepúsculo para ocuparse de sus pequeños huertos y rebaños para tener con qué alimentarse.

¿Dónde estás, Dios? ¿Por qué no nos ayudas?

—¡Oye, tú! ¡Ponte a trabajar!

Agachando la cabeza, Aarón ocultó su odio y pasó al siguiente molde. Las rodillas le dolían por acuclillarse; la espalda, por levantar ladrillos, y el cuello, por agachar la cabeza. Apiló los ladrillos para que otros los cargaran. Los fosos y las planicies eran una colmena de obreros, y el aire era tan sofocante y pesado que apenas podía respirar por el hedor a miseria humana. A veces, la muerte le parecía preferible a esta existencia insoportable. ¿Qué esperanza tenía él o cualquiera de su pueblo? Dios los había abandonado. Aarón se secó el sudor de los párpados y sacó otro ladrillo seco de un molde.

Alguien le habló de nuevo. Fue menos que un susurro, pero le agitó la sangre y se le erizó el cabello de la nuca. Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante para escuchar. Miró alrededor; nadie le prestaba atención.

Quizás le estaba afectando el calor. Debía ser eso. Cada año se le hacía más difícil, más insoportable. Tenía ochenta y tres años, una larga vida bendecida con nada más que desdicha.

Temblando, Aarón levantó la mano. Un niño se acercó rápidamente con un odre con agua. Aarón bebió profundamente, pero el fluido caliente no frenó el temblor interno, la impresión de que alguien lo observaba tan de cerca que

podía sentir esa mirada llegándole hasta la médula de sus huesos. Era una sensación rara y aterradora por su intensidad. Se echó hacia adelante, de rodillas, anhelando ocultarse de la luz, ansiando descansar. Oyó que el capataz gritaba otra vez y supo que, si no volvía a trabajar, sentiría el ardor del látigo. Aun los hombres viejos como él tenían la obligación de cumplir una considerable cuota de ladrillos al día. Y, si no lo hacían, sufrían por eso. Su padre, Amram, había muerto con la cara contra el barro y el pie de un egipcio pisándole la nuca.

¿Dónde estabas Tú entonces, Señor? ¿Dónde estabas?

Odiaba a los capataces hebreos tanto como a los egipcios. Pero de todas maneras estaba agradecido: el odio hacía más fuerte al hombre. Cuanto más pronto completara su cuota, más pronto podría ir a cuidar de su rebaño de ovejas y cabras, y más pronto sus hijos podrían trabajar en la porción de la tierra de Gosén que producía el alimento para su mesa. *Los egipcios tratan de matarnos, pero nosotros seguimos sin parar. Nos reproducimos. Pero ¿de qué nos sirve? Sufrimos cada día más.*

Aarón soltó otro molde. Las gotas de transpiración chorrearon desde sus cejas hacia el barro endurecido, manchando el ladrillo. ¡El sudor y la sangre hebrea estaban derramados en todo lo que se edificaba en Egipto! Las estatuas de Ramsés, los palacios de Ramsés, los almacenes de Ramsés, la ciudad de Ramsés: todo estaba manchado. Al gobernante de Egipto le gustaba ponerle su nombre a todo. ¡La soberbia reinaba sobre el trono de Egipto! El faraón anterior había intentado ahogar a los niños varones hebreos en el Nilo y, ahora, ¡Ramsés trataba de reducirlos a polvo! Aarón levantó el ladrillo y lo apiló con la otra docena que había hecho.

¿Cuándo nos rescatarás, Señor? ¿Cuándo romperás el yugo de esclavitud que pesa sobre nuestras espaldas? ¿Acaso no fue nuestro antepasado José quien salvó del hambre a este país infame? ¡Y mira cómo nos tratan ahora! ¡El faraón nos usa como animales de carga para construir sus ciudades y sus palacios! Dios, ¿por qué nos abandonaste? ¿Cuánto falta, oh, Señor, cuánto más para que nos liberes de los que quieren matarnos a fuerza de trabajo?

Aarón.

La Voz vino de afuera y de adentro; esta vez, claramente, y silenció los pensamientos agitados de Aarón. Sintió tan intensamente la Presencia, que todo lo demás se esfumó y fue acallado y aquietado por manos invisibles. La Voz era inconfundible. Su propia sangre y sus propios huesos la reconocieron.

¡Ve al desierto para encontrarte con Moisés!

La Presencia ascendió. Todo volvió a ser como antes. Los sonidos volvieron a rodearlo: la succión del barro bajo los pies que lo aplastaban, los quejidos de los hombres al levantar los baldes, los gritos de las mujeres pidiendo más paja, el crujido de la arena cuando alguien se acercaba y, por supuesto, una imprecación, un grito dando órdenes y el siseo del látigo. Aarón gruñó de dolor cuando sintió el golpe sobre su espalda. Se encorvó hacia adelante y se cubrió la cabeza, temiendo menos al capataz que a Aquel que lo había llamado por su nombre.

El látigo le rasgó la piel, pero la Palabra del Señor le desgarró profundamente el corazón.

—¡Levántate, viejo!

Si tenía suerte, moriría.

Sintió más dolor. Oyó voces y se dejó llevar por la oscuridad. Y recordó...

¿Cuántos años habían pasado desde que Aarón había pensado en su hermano? Dio por sentado que estaba muerto, que sus huesos secos habían quedado olvidados en alguna parte del desierto. El primer recuerdo de Aarón era la indignación de su madre, llorando angustiada mientras cubría con alquitrán y brea la canasta que había tejido.

—El faraón dijo que teníamos que entregar nuestros hijos al Nilo, Amram, así que lo haré. ¡Que el Señor lo cuide! ¡Que el Señor sea misericordioso!

Y Dios había sido misericordioso al permitir que la canasta se desviara hasta las manos de la hija del faraón. Miriam, de solo ocho años, la había seguido para ver qué sucedía con su hermanito y, luego, había tenido el valor suficiente para mencionarle a la egipcia que iba a necesitar una nodriza. Cuando Miriam recibió la orden de buscar una, corrió hacia su madre.

Aarón tenía solo tres años, pero todavía recordaba ese día. Su madre se soltó de sus manos que se aferraban con fuerza a ella.

—Deja de aferrarte a mí. ¡Tengo que ir! —Sujetándolo firmemente de las muñecas, lo apartó de ella—. Agárralo, Miriam.

Aarón dio un alarido cuando su madre salió por la puerta. Estaba abandonándolo.

—Cállate, Aarón. —Miriam lo abrazó con fuerza—. No servirá de nada que llores. Sabes que Moisés necesita a mamá más que tú. Eres un niño grande. Ya puedes ayudarme a cuidar el huerto y las ovejas...

Si bien su madre regresaba cada noche, su atención estaba claramente puesta en el bebé. Cada mañana obedecía la orden de la princesa de llevar al bebé al palacio y quedarse cerca en caso de que él necesitara algo.

Pasaron los días, y la hermana de Aarón era la única que estaba ahí para consolarlo.

—Yo también la extraño, ¿sabes? —Se limpió las lágrimas de las mejillas—. Moisés la necesita más que nosotros. Todavía no ha sido destetado.

—Yo quiero a mamá.

—Bueno, querer y tener son dos cosas distintas. Deja de lloriquear.

—¿A dónde va mamá todos los días?

—Río arriba.

—¿Río arriba?

Ella señaló con el dedo.

—Al palacio, donde vive la hija del faraón.

Un día, Aarón se escapó mientras Miriam había salido para ocuparse de las pocas ovejas que tenían. Aunque le habían dicho que no lo hiciera, caminó bordeando el Nilo y siguió el rumbo del río alejándose de la aldea. En las aguas vivían cosas peligrosas. Criaturas malignas. Los juncos, altos y filosos, le hacían pequeños cortes en las manos y en las piernas cuando se abría paso a través de

ellos. Escuchaba crujidos y rugidos bajos, plañidos agudos y aleteos frenéticos. Los cocodrilos vivían en el Nilo. Su madre se lo había dicho.

Escuchó que una mujer reía. Abriéndose paso entre los juncos, se acercó a rastras hasta que pudo ver a través del velo de cañas verdes el patio de piedra donde había una egipcia sentada con un bebé sobre su regazo. Lo hacía brincar sobre sus rodillas y le hablaba en voz baja. Le daba besos en el cuello y lo levantaba hacia el sol como una ofrenda. Cuando el bebé se echó a llorar, la mujer llamó en voz alta a «Jocabed». Aarón vio que su madre se levantaba de un lugar entre las sombras y bajaba las escaleras. Sonriente, tomó al bebé que, Aarón ahora sabía, era su hermano. Las dos mujeres hablaron brevemente y la egipcia se fue adentro.

Aarón se levantó para que su mamá pudiera verlo si desviaba su mirada hacia él. No lo hizo. Únicamente tenía ojos para el bebé que estaba en sus brazos. Mientras su madre amamantaba a Moisés, le cantaba. Aarón estaba solo, observándola acariciar con dulzura la cabeza de Moisés. Quería llamarla, pero tenía la garganta fuertemente cerrada y seca. Cuando mamá terminó de alimentar al bebé, se levantó y le dio la espalda al río. Sostuvo a Moisés contra su hombro. Y luego subió las escaleras y volvió a entrar en el palacio.

Aarón se sentó en el barro, escondido entre los juncos. Los mosquitos zumbaban a su alrededor. Las ranas croaban. Otros sonidos, más amenazantes, se propagaban desde la profundidad de las aguas. Si una serpiente o un cocodrilo lo atrapaban, a mamá no le importaría. Tenía a Moisés. Era el único a quien amaba ahora. Se había olvidado completamente de su hijo mayor.

Aarón sufría la soledad y su corazón de niño ardía de odio por el hermano que le había quitado a su madre. Si tan solo la canasta se hubiera hundido. Si tan solo se lo hubieran comido los cocodrilos como se habían comido a todos los otros bebés varones. Escuchó que algo se acercaba entre los juncos y trató de esconderse.

—¿Aarón? —Miriam apareció—. ¡Estuve buscándote por todas partes! ¿Cómo lograste llegar aquí? —Cuando él levantó la cabeza, los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. Ay, Aarón... —Miró hacia el palacio con anhelo—. ¿Viste a mamá?

Él agachó la cabeza y sollozó. Los brazos delgados de su hermana lo rodearon y lo acercaron a ella.

—Yo también la extraño, Aarón —susurró, y se le quebró la voz. Él apoyó su cabeza contra el cuerpo de ella—. Pero tenemos que irnos para no causarle problemas.

Él tenía seis años cuando su madre volvió sola a casa una noche, llorando. Lo único que hacía era llorar y hablar de Moisés y la hija del faraón.

—Ella ama a tu hermano. Será una buena madre para él. Debo consolarme con eso y olvidarme de que es una pagana. Le dará educación. Él crecerá y, un día, será un gran hombre. —Plegó su chal y lo apretó contra su boca para sofocar los sollozos, mientras se mecía hacia adelante y hacia atrás—. Algún día volverá con nosotros. —Le gustaba decir eso.

Aarón deseaba que Moisés nunca volviera. Esperaba no volver a ver a su hermano nunca más. *Lo odio, quería gritar. ¡Lo odio porque te alejé de mí!*

—Mi hijo será nuestro salvador. —De lo único que ella podía hablar era de su precioso Moisés, el libertador de Israel.

La semilla del rencor creció en Aarón hasta que no pudo soportar oír el nombre de su hermano.

—¿Por qué volviste? —dijo una tarde, sollozando furioso—. ¿Por qué no te quedaste con él, si tanto lo amas?

Miriam le dio un coscorrón.

—Cierra la boca, o mamá pensará que yo te malcrié mientras ella no estaba.

—¡A ella no le importamos ni tú ni yo! —le gritó a su hermana. Volvió a enfrentar a su madre—. Apuesto que ni siquiera lloraste cuando papá murió con la cara en el barro. ¿Lo hiciste? —Luego, al ver la expresión del rostro de su madre, salió corriendo. Corrió hasta los fosos de barro, donde su trabajo era esparcir la paja para que los obreros la aplastaran contra el lodo para fabricar ladrillos.

Por lo menos, después de eso, ella habló menos de Moisés. Casi no hablaba de nada.

Ahora, Aarón despertó de los recuerdos dolorosos. Podía percibir el calor a través de sus párpados y una sombra cayó sobre él. Alguien le llevó a la boca algunas gotas de preciada agua, mientras el pasado hacía eco a su alrededor. Todavía estaba confundido; el pasado y el presente se mezclaban.

—Aunque el río le perdone la vida, Jocabed, cualquiera que vea que está circuncidado sabrá que está condenado a morir.

—¡No voy a ahogar a mi propio hijo! ¡No levantaré la mano contra mi propio hijo, ni lo harás tú! —Su madre lloraba mientras colocaba a su hermano dormido dentro de la canasta.

Sin duda, Dios se había burlado de los dioses egipcios ese día, pues el Nilo, la vida misma de Egipto, había llevado a su hermano a las manos y al corazón de la hija del faraón, el mismísimo hombre que había ordenado que todos los bebés varones hebreos fueran ahogados. Además, los otros dioses que acechaban a las orillas del Nilo en forma de cocodrilos e hipopótamos tampoco cumplieron el mandato del faraón. Pero a nadie le pareció divertido. Habían muerto muchísimos hasta ese día y seguían muriendo más todos los días. A veces Aarón pensaba que el único motivo por el cual el edicto quedó eliminado finalmente ¡fue para asegurar que el faraón tuviera suficientes esclavos para hacer sus ladrillos, para tallar sus piedras y construir sus ciudades!

¿Por qué fue su hermano el único que sobrevivió? ¿Sería Moisés el libertador de Israel?

Miriam controló la vida de Aarón, incluso después de que su madre volvió a casa. Su hermana fue tan protectora con él como una leona con su cachorro. Aun entonces, y a pesar de los acontecimientos extraordinarios relacionados con Moisés, las circunstancias de la vida de Aarón no cambiaron. Aprendió a cuidar ovejas. Llevaba la paja a los fosos de barro. A los seis años, paleaba barro para llenar los baldes.

Y, mientras Aarón vivía la vida de un esclavo, Moisés crecía en un palacio. Aarón era formado por el trabajo arduo y por el maltrato a manos de los capataces, al mismo tiempo que Moisés aprendía a leer y escribir y vivir como un

egipcio. Aarón vestía harapos. Moisés siempre usaba ropas de lino fino. Aarón comía pan simple y cualquier cosa que su madre y su hermana pudieran cultivar en su pedacito de tierra dura y árida. Moisés se llenaba el vientre con comidas servidas por esclavos. Aarón trabajaba al rayo del sol, parado en lodo que le llegaba hasta las rodillas. Moisés se sentaba en frescos corredores de piedra y era tratado como un príncipe egipcio, pese a su sangre hebrea. Moisés llevaba una vida de comodidades, en lugar de esfuerzos; de libertad, en lugar de esclavitud; de abundancia, en lugar de carencias. Nacido como esclavo, Aarón sabía que moriría como esclavo.

A menos que Dios los liberara.

¿Es Moisés el elegido, Señor?

La envidia y el resentimiento habían atormentado a Aarón casi toda su vida. Pero ¿tenía la culpa Moisés de haber sido arrebatado de su familia y criado por unos extranjeros idólatras?

Aarón no vio a su hermano hasta años después, cuando Moisés se paró en la puerta de su casa. Su madre se levantó dando un grito y corrió a abrazarlo. Aarón no sabía qué pensar ni sentir; tampoco sabía qué esperar de un hermano que parecía un egipcio y que desconocía completamente el idioma hebreo. Aarón se sintió resentido, y luego confundido, por las ganas que tenía Moisés de aliarse con los esclavos. Moisés podía ir y venir como se le antojara. ¿Por qué había elegido venir y vivir en Gosén? Podría haber salido a manejar su carro de guerra, a cazar leones con otros jóvenes de la familia del faraón. ¿Qué pretendía lograr trabajando a la par de los esclavos?

—Tú me odias, ¿verdad, Aarón?

Aarón comprendía egipcio, aunque Moisés no comprendía el hebreo. La pregunta lo hizo detenerse.

—No, no es odio. —No sentía más que desconfianza—. ¿Qué haces aquí?

—Yo pertenezco a este lugar.

Aarón se enfureció por la respuesta de Moisés.

—¿Acaso arriesgamos la vida para que terminaras en un foso de barro?

—Si voy a liberar a mi pueblo, ¿no debería llegar a conocerlo?

—Ah, qué magnánimo.

—Ustedes necesitan un líder.

Jocabed defendió a Moisés de todo corazón.

—¿No les dije que mi hijo escogería a su propia gente y no a nuestros enemigos?

¿No sería más útil Moisés en el palacio, hablando en defensa de los hebreos? ¿Creía que se ganaría el respeto del faraón trabajando junto a los esclavos? Aarón no entendía a Moisés y, después de tantos años de desigualdad en su manera de vivir, no estaba seguro de que le gustara.

Pero ¿por qué debía hacerlo? ¿Qué se proponía Moisés, realmente? ¿Era un espía del faraón que venía a averiguar si estos israelitas desgraciados tenían planes de aliarse con los enemigos de Egipto? La idea podría haberseles ocurrido, pero sabían que no correrían mejor suerte en manos de los filisteos.

¿Dónde está Dios cuando lo necesitamos? ¡Distante, ciego y sordo a nuestro clamor de liberación!

Moisés podría haber caminado por espléndidos salones como el hijo adoptivo de la hija del faraón, pero había heredado la sangre y la irascibilidad de los levitas. Cuando vio a un egipcio golpeando a un esclavo levita, impuso su propia ley. Aarón y varios más contemplaron horrorizados cómo Moisés mató al egipcio. El resto huyó mientras Moisés enterraba el cuerpo en la arena.

—¡Alguien tiene que defenderlos! —dijo Moisés, mientras Aarón lo ayudaba a ocultar la evidencia de su crimen—. Piénsalo, miles de esclavos levantándose contra sus amos. A eso le tienen miedo los egipcios, Aarón. Por eso es que los agobian y tratan de matarlos con trabajos forzados.

—¿Es esta la clase de líder que quieres ser? ¿Matarlos como nos matan ellos? —¿Era esa la manera de liberarlos? ¿Sería su libertador un guerrero que los llevaría a luchar? ¿Pondría una espada en sus manos? La furia acumulada durante los años de esclavitud llenó a Aarón. ¡Ah, qué fácil sería ceder a ella!

La noticia corrió como corre la arena fina con el viento del desierto y, finalmente, llegó a los oídos del faraón. Al día siguiente, mientras unos hebreos peleaban entre sí, Moisés trató de interceder y se vio atacado.

—¿Quién te nombró nuestro príncipe y juez? ¿Planeas matarme como mataste ayer al egipcio?

El pueblo no quería a Moisés como su libertador. Para ellos, él era un enigma, no era confiable.

La hija del faraón no pudo salvar a Moisés esta vez. ¿Cuánto podía sobrevivir un hombre, odiado y perseguido por el faraón, y envidiado y despreciado por sus hermanos?

Moisés desapareció en el desierto y nunca más se supo de él.

Ni siquiera tuvo tiempo para despedirse de su madre, quien creía que él había nacido para liberar a Israel de su esclavitud. Y Moisés se llevó al desierto las esperanzas y los sueños de su madre, que murió menos de un año después. El destino de la madre egipcia de Moisés se desconocía, pero el faraón siguió viviendo durante mucho tiempo, edificando ciudades de almacenaje, monumentos y, lo más espléndido de todo: su tumba. Apenas la habían terminado cuando el sarcófago que contenía el cuerpo embalsamado del faraón fue llevado al Valle de los Reyes, seguido por un séquito de miles, que transportaban ídolos de oro, objetos personales y provisiones para que la vida en el más allá fuera aún más grandiosa que la que había vivido en este mundo.

Ahora, Ramsés usaba la corona de la serpiente y los amenazaba con la espada. Cruel y arrogante, prefería clavarles el talón en la espalda.

Aarón tenía ochenta y tres años; era un hombre flaco como un junco. Sabía que pronto moriría; sus hijos después de él y los hijos de ellos de las generaciones siguientes.

A menos que Dios los liberara.

Señor, Señor, ¿por qué has abandonado a Tu pueblo?

Aarón oraba desesperado y angustiado. Clamar a Dios pidiendo ayuda era la única libertad que le quedaba. ¿No había hecho Dios un pacto con Abraham, Isaac y Jacob? *¡Señor, Señor, escucha mi oración! ¡Ayúdanos!* Si Dios existía, ¿dónde estaba? ¿Veía las líneas ensangrentadas en sus espaldas, la expresión agotada y rendida que tenían en sus rostros? ¿Escuchaba los gritos de los hijos

de Abraham? El padre y la madre de Aarón se habían aferrado a su fe en el Dios invisible. *¿Dónde más podremos encontrar esperanza, Señor? ¿Cuánto falta, oh Dios, cuánto tiempo falta para que nos rescates? Ayúdanos. Dios, ¿por qué no nos ayudas?*

Hacia mucho tiempo que el padre y la madre de Aarón habían sido sepultados bajo la arena. Aarón había obedecido los últimos deseos de su madre y se había casado con Eliseba, una mujer de la tribu de Judá. Eliseba le había dado cuatro hijos bellos antes de morir. Había días en que Aarón envidiaba a los muertos. Al menos, ellos descansaban. Al menos, sus oraciones incesantes por fin habían terminado, y el silencio de Dios ya no los lastimaba.

Alguien levantó su cabeza y le dio agua.

—¿Padre?

Aarón abrió los ojos y vio a su hijo Eleazar encima de él.

—Dios me habló. —Su voz era apenas un susurro.

Eleazar se agachó.

—No pude oírte, padre. ¿Qué dijiste?

Aarón lloró, sin poder decir más.

Finalmente, Dios había hablado y Aarón sabía que su vida nunca volvería a ser igual.



Aarón reunió a sus cuatro hijos, Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar, y a su hermana, Miriam, y les dijo que Dios le había ordenado ir a encontrarse con Moisés en el desierto.

—Nuestro tío está muerto —dijo Nadab—. Fue el sol el que te habló.

—Padre, han pasado cuarenta años sin saber una palabra de él.

Aarón levantó la mano.

—Moisés está vivo.

—¿Cómo sabes que fue Dios quien te habló, padre? —Abiú se inclinó hacia adelante—. Estuviste afuera bajo el sol todo el día. No sería la primera vez que te afecta el calor.

—¿Estás seguro, Aarón? —Miriam se llevó las manos a las mejillas—. Hemos esperado tanto.

—Sí, estoy seguro. Nadie puede imaginar una voz como esa. No puedo explicarla ni tengo tiempo para intentarlo. ¡Todos tienen que creerme!

Hablaron todos a la vez.

—Hay filisteos al otro lado de las fronteras de Egipto.

—No podrás sobrevivir en el desierto, padre.

—¿Qué les diremos a los otros ancianos cuando pregunten por ti? Nos preguntarán por qué no impedimos que nuestro padre hiciera semejante tontería.

—No llegarás a la ruta comercial antes de que te detengan.

—Y, si lo haces, ¿cómo sobrevivirás?

—¿Quién te acompañará?

—¡Padre, tienes ochenta y tres años!

Eleazar posó su mano sobre el brazo de Aarón.

—Yo iré contigo, padre.

Miriam protestó:

—¡Basta! Dejen hablar a su padre.

—Nadie vendrá conmigo. Iré solo y Dios proveerá.

—¿Cómo encontrarás a Moisés? El desierto es un lugar inmenso. ¿De dónde sacarás agua?

—Y comida. No puedes cargar lo suficiente para ese tipo de viaje.

Miriam se levantó.

—¿Están tratando de convencer a su padre de que no haga lo que Dios le indicó?

—Siéntate, Miriam. —Su hermana solo se sumaba a la confusión y Aarón podía hablar por sí mismo—. Dios me llamó a este viaje; seguramente, Dios me mostrará el camino. —¿Acaso no había orado durante años? Quizás Moisés sabía algo. Quizás, finalmente, Dios iba a ayudar a su pueblo—. Tengo que confiar en que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob me guiará. —Habla con más confianza de la que sentía, porque las preguntas que le hacían lo preocupaban. ¿Por qué tenían que desconfiar de su palabra? Él debía hacer lo que Dios había dicho e irse. Rápido, antes de que le fallara el valor.



Cargado con un odre con agua, siete hogazas pequeñas de pan de cebada sin levadura y su vara, Aarón partió antes de la salida del sol. Caminó todo el día. Vio egipcios, pero no le prestaron atención. Tampoco él permitió que sus pasos flaquearan al verlos. Dios le había dado propósito y esperanza. El cansancio y la desolación ya no lo oprimían. Mientras caminaba, se sentía renovado. *Dios existe. Dios habló.* Dios le había dicho adónde ir y a quién tenía que encontrar: ¡Moisés!

¿Cómo sería su hermano? ¿Había pasado esos cuarenta años en el desierto? ¿Tenía una familia? ¿Sabía Moisés que Aarón estaba por venir? ¿Le había hablado Dios a él también? Si no era así, ¿qué debía decirle a Moisés cuando lo encontrara? Seguramente Dios no lo enviaría tan lejos sin un propósito al final. Pero ¿qué propósito?

Sus preguntas lo hicieron pensar en otras cosas. Caminó más lento, preocupado. Había sido fácil marcharse. Nadie lo había detenido. Tomó su vara, se echó al hombro un odre con agua y un morral con pan y se dirigió al desierto. Tal vez debía haberse llevado consigo a Miriam y a sus hijos.

No. No. Debía hacer exactamente lo que Dios le había dicho.

Aarón caminaba todo el día, día tras día y, durante la noche, dormía al aire libre, con los ojos fijos en las estrellas sobre su cabeza, solo y rodeado por el silencio. Nunca había estado tan solo ni había experimentado tanta soledad. Sediento, chupaba una piedrita plana para evitar que se le secara la boca. Cuánto deseaba poder levantar la mano y que un muchachito corriera hacia él con un poco de agua. El pan casi se le había terminado. Su estómago rugía, pero tenía miedo de comer antes de que llegara la noche. No sabía hasta dónde tendría que ir; tampoco sabía si la provisión de pan le alcanzaría. No sabía qué comer en el desierto. No tenía la habilidad para cazar y matar animales. Estaba cansado y

hambriento y empezaba a preguntarse si realmente había escuchado la voz de Dios, o solo lo había imaginado. ¿Cuántos días más? ¿Cuánto más tendría que caminar? El sol caía implacable, y lo hizo buscar refugio en la grieta de las piedras, abatido y exhausto. No podía recordar el sonido de la voz de Dios.

¿Todo había estado en su imaginación, producto de años de miseria y de la esperanza agonizante de que el Salvador vendría y lo liberaría de la esclavitud? Quizás sus hijos tenían razón y el calor del día lo había afectado. Ciertamente, lo estaba sufriendo ahora.

No. Había escuchado la voz de Dios. Muchas veces en la vida había estado al borde del agotamiento y afectado por el calor, pero nunca había oído una voz como esa:

Ve al desierto para encontrarte con Moisés. Ve. Ve.

Partió nuevamente y caminó hasta el anochecer, cuando encontró un lugar para descansar. El calor inexorable dio paso a un frío que le roía los huesos y lo hacía tiritar. Cuando se durmió, soñó con sus hijos, sentados con él a la mesa, riendo y disfrutando unos de otros, mientras Miriam les servía pan y carne, dátiles secos y vino. Se despertó desesperado. Al menos en Egipto sabía qué esperar: todos los días eran iguales con los capataces que estaban para controlarle la vida. Muchas veces había tenido sed y hambre, pero no como ahora, sin alivio ni compañía que lo animara.

Dios, ¿me trajiste al desierto para matarme? No hay agua, solo un mar interminable de rocas.

Aarón perdió la cuenta de los días, pero se llenaba de esperanza al ver que siempre parecía haber agua y comida suficientes para que siguiera caminando. Se dirigió hacia el norte y luego al este, a Madián, sostenido por oasis poco frecuentes y apoyándose en su vara cada día un poco más. No sabía cuán lejos había llegado ni cuánto más tenía que seguir. Solo sabía que ahora prefería morir en el desierto a tener que regresar. La esperanza que le quedaba estaba puesta en encontrar a su hermano. Anhelaba ver a Moisés tanto como había ansiado beber un largo trago de agua y un trozo de pan.

Cuando solo le quedaban unas gotas de agua y ya no tenía pan, llegó a una extensa planicie que antecedió a una montaña escarpada. ¿Era aquello un burro y un pequeño refugio? Aarón se limpió el sudor de los ojos y los entrecerró. Había un hombre sentado en la puerta. Se puso de pie, vara en mano, y salió al aire libre con la cabeza orientada hacia Aarón. La esperanza hizo que Aarón se olvidara del hambre y de la sed.

—¡Moisés! —*¡Ay, Señor, Señor, que sea mi hermano!*— ¡Moisés!

El hombre vino corriendo hacia él, con los brazos abiertos.

—¡Aarón!

Fue como escuchar la voz de Dios. Riendo, Aarón bajó la ladera empinada con las fuerzas renovadas como las de un águila. Casi corría cuando llegó hasta su hermano. Se abrazaron fuertemente.

—¡Dios me envió, Moisés! —Entre risas y sollozos, besó a su hermano—. ¡Dios me envió a ti!

—¡Aarón, hermano mío! —Moisés lo sostuvo con fuerza, llorando—. Dios me dijo que vendrías.

—Cuarenta años, Moisés. ¡Cuarenta años! Todos pensábamos que habías muerto.

—Te alegraste de verme partir.

—Perdóname. Me alegro de verte ahora. —Aarón se quedó parado mirando a su hermano menor.

Moisés había cambiado. Ya no estaba vestido como un egipcio, sino que usaba la larga túnica oscura y el manto de los nómadas. Con el rostro moreno y arrugado por la edad, y la barba oscura con mechones blancos, parecía un extranjero, y más humilde por los años de vida en el desierto.

Aarón nunca se había alegrado tanto de ver a alguien.

—Ah, Moisés, eres mi hermano. Me alegro de verte vivo y bien. —Aarón lloró por los años perdidos.

Los ojos de Moisés se humedecieron y se enternecieron.

—El Señor Dios dijo que vendrías. Entra. —Tomó el brazo de Aarón—. Tienes que descansar, comer y beber algo. Debes conocer a mis hijos.

La esposa morena y extranjera de Moisés, Séfora, les trajo comida. Gersón, uno de los hijos de Moisés, se sentó con ellos, mientras que Eliezer, pálido y sudoroso, yacía en un petate en la parte de atrás de la carpa.

—Tu hijo está enfermo.

—Séfora lo circuncidó hace dos días.

Aarón hizo un gesto de dolor. *Eliezer* significaba «Dios es mi ayuda». Pero ¿en qué Dios tenía puesta su esperanza Moisés? Séfora se sentó al lado de su hijo, con los ojos oscuros desconsolados mientras le daba unos toquecitos a la frente de su hijo con un paño húmedo. Aarón preguntó por qué no lo había hecho Moisés personalmente cuando su hijo tenía ocho días de vida, como lo habían hecho los hebreos desde los días de Abraham.

Moisés agachó la cabeza.

—Es más fácil recordar las costumbres de tu pueblo cuando vives entre ellos, Aarón. Cuando circuncidé a Gersón, me enteré de que los madianitas consideran que este ritual es repugnante, y Jetro, el padre de Séfora, es un sacerdote de Madián. —Miró a Aarón—. Por respeto a él, no circuncidé a Eliezer. Cuando Dios me habló, Jetro me dio su bendición y dejamos el campamento de Madián. Yo sabía que mi hijo debía ser circuncidado. Séfora discutió fuertemente conmigo para que no lo hiciera, y lo pospuse porque no quería imponerle mis costumbres. No pensé que fuera una rebeldía de mi parte, hasta que el Señor mismo intentó quitarme la vida. Le dije a Séfora que, a menos que mis dos hijos llevaran la marca del pacto en su propio cuerpo, yo moriría y Dios apartaría a Eliezer de Su pueblo. Solo entonces, ella misma le quitó el prepucio a nuestro hijo con un pedernal.

Afligido, Moisés miró al niño con fiebre.

—Mi hijo ni siquiera recordaría cómo llegó a tener esa marca en su carne si yo hubiera obedecido al Señor, en lugar de ceder ante los demás. Ahora está sufriendo por mi desobediencia.

—Pronto sanará, Moisés.

—Sí, pero yo recordaré el costo para otros que tuvo mi desobediencia. —Moisés miró hacia afuera por la puerta, al monte, y luego miró a Aarón—. Tengo muchas cosas que contarte, cuando no estés demasiado cansado para escuchar.

—Mis fuerzas volvieron en el momento que te vi.

Moisés tomó su vara y se levantó; Aarón lo siguió. Cuando estaban afuera, Moisés se detuvo.

—El Dios de Abraham, Isaac y Jacob se me apareció en un arbusto ardiente en ese monte —dijo Moisés—. Él ha visto el sufrimiento de Israel y va a liberarlos del poder de los egipcios para llevarlos a una tierra donde fluyen la leche y la miel. Me está enviando a hablarle al faraón para que yo pueda sacar a Su pueblo de Egipto con el fin de que lo adoren en esta montaña. —Moisés sujetó su vara y apoyó la frente sobre sus manos, mientras repetía todas las palabras que el Señor le había dicho en el monte. Aarón sentía en su alma la verdad de esas palabras, absorbiéndolas como si fueran agua. *¡El Señor está enviando a Moisés para que nos libere!*

—Le supliqué al Señor que mandara a otro, Aarón. Dije: “¿Quién soy yo para ir ante el faraón? Le dije que mi propio pueblo no me creería”. Le dije que nunca había sido elocuente, que soy lento para hablar. —Exhalé despacio y miré de frente a Aarón—. Y el Señor, cuyo nombre es YO SOY EL QUE SOY, dijo que tú serás mi vocero.

Aarón sintió súbitamente un ataque de miedo, pero se sosegó en respuesta a toda una vida de oración. El Señor había oído el clamor de su pueblo. La liberación estaba cerca. El Señor había visto su desgracia y estaba a punto de ponerle fin. Aarón estaba demasiado embargado por la emoción para hablar.

—¿Entiendes lo que te digo, Aarón? Tengo miedo del faraón. Tengo miedo de mi propio pueblo. Por eso, el Señor te ha enviado para que me apoyes y seas mi vocero.

Una pregunta sobreentendida flotó entre ambos. ¿Estaba dispuesto a apoyar a Moisés?

—Soy tu hermano mayor. ¿Quién puede hablar por ti mejor que yo?

—¿No tienes miedo, hermano?

—¿Qué importa la vida de un esclavo en Egipto, Moisés? ¿Qué ha importado mi vida? Sí, tengo miedo. Toda mi vida he tenido miedo. He doblado la espalda ante los capataces y he sentido el látigo cuando osaba levantar la vista. Hablo con suficiente atrevimiento en la intimidad de mi propio hogar y con nuestros parientes, pero no sirve de nada. No cambia nada. Mis palabras no son más que viento, y pensaba que mis oraciones también lo eran. Ahora entiendo. Esta vez será diferente. ¡No serán las palabras de un esclavo las que se escucharán de mi boca, sino la Palabra del Señor, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob!

—Si no nos creen, el Señor me ha dado señales para mostrarles. —Moisés le contó cómo su vara se había convertido en una serpiente y su mano se había puesto leprosa—. Y si eso no basta, cuando derrame agua del Nilo, se convertirá en sangre.

Aarón no le pidió una demostración.

—Creerán, así como te creo yo.

—Me crees porque eres mi hermano y porque Dios te envió a mí. Me crees porque Dios ha cambiado tu actitud para conmigo. No siempre me miraste como ahora, Aarón.

—Sí, porque creía que eras libre cuando yo no lo era.

—Jamás me sentí cómodo en el palacio del faraón. Quería estar entre mi propia gente.

—Y nosotros te despreciamos y te rechazamos. —Quizás, por haber vivido entre dos pueblos distintos y por no ser aceptado por ninguno, Moisés se había vuelto tan humilde. Pero él debía hacer lo que Dios le había ordenado, o los hebreos seguirían como antes, trabajando duro en los fosos de barro y muriendo con la cara en el barro—. Dios te ha elegido para que nos liberes, Moisés. Y eso harás. Cualquier cosa que Dios te diga, yo la diré. Si tengo que gritar, haré que la gente escuche.

Moisés levantó la vista hacia el monte de Dios.

—Partiremos hacia Egipto por la mañana. Nos reuniremos con los ancianos de Israel y les comunicaremos lo que ha dicho el Señor. Luego nos presentaremos ante el faraón y le diremos que deje salir al pueblo de Dios al desierto para que haga sacrificios al Señor nuestro Dios. —Cerró los ojos como si tuviera algún dolor.

—¿Qué pasa, Moisés? ¿Cuál es el problema?

—El Señor endurecerá el corazón del faraón y golpeará a Egipto con señales y prodigios para que, cuando nos vayamos, no lo hagamos con las manos vacías, sino con muchos regalos de plata, oro y ropa.

Aarón rio con amargura.

—¡Y así, Dios saqueará a Egipto como Egipto nos saqueó a nosotros! Nunca pensé que vería prevalecer la justicia durante mi vida. ¡Me alegraré ante el espectáculo!

—No ansíes ver su destrucción, Aarón. Son personas como nosotros.

—No como nosotros.

—El faraón no se rendirá hasta que haya muerto su propio primogénito. Solo entonces nos dejará ir.

Aarón había tenido que doblegarse durante tanto tiempo ante los capataces egipcios, y había sentido el látigo tantas veces, que no sentía lástima por ningún egipcio, pero veía que Moisés sí.

Partieron con la luz del alba; Séfora se encargó del burro que llevaba las provisiones y arrastraba una camilla. Eliezer había mejorado, pero no lo suficiente para caminar con su madre y su hermano. Aarón y Moisés caminaban adelante, cada uno llevando en la mano su vara de pastor.



Dirigiéndose al norte, tomaron la ruta comercial que comunicaba a Egipto y al sur de Canaán, pasando por Shur. Era más directo que viajar al sur, al oeste y recién entonces al norte, atravesando el desierto. Aarón quería escuchar todo lo que el Señor le había dicho a Moisés.

—Cuéntame todo de nuevo, desde el principio. —¿Cómo le habría gustado estar con Moisés y haber visto el arbusto ardiente él mismo! Conocía lo que era escuchar el sonido de la voz de Dios, pero estar en Su presencia superaba su imaginación.

Cuando llegaron a Egipto, Aarón llevó a Moisés, Séfora, Gersón y Eliezer a su casa. Moisés quedó abrumado por la emoción cuando Miriam lo abrazó fuertemente y los hijos de Aarón lo rodearon. Aarón casi sintió pena por Moisés al ver que todavía le costaba hablar en hebreo, así que habló por él.

—Dios ha llamado a Moisés para que libere a nuestro pueblo de la esclavitud. El Señor mismo realizará grandes señales y prodigios para que el faraón nos deje ir.

—Nuestra madre oraba pidiendo que tú fueras el prometido de Dios. —Miriam volvió a abrazar a Moisés—. Estaba convencida de que, cuando la hija del faraón te salvó, Dios estaba protegiéndote para un gran propósito.

Séfora se sentó con sus hijos en un rincón de la habitación, observando con ojos oscuros y preocupada.

Los hijos de Aarón fueron de un lado a otro por Gosén, la región de Egipto que siglos atrás les habían entregado a los hebreos y donde ahora vivían cautivos. Los hombres transmitieron a los ancianos de Israel que Dios les había mandado un libertador y que debían reunirse para escuchar el mensaje que él tenía de parte de Dios.

Mientras tanto, Aarón hablaba y oraba con su hermano. Veía que Moisés luchaba contra su miedo al faraón, al pueblo y al llamado que Dios le había hecho. Moisés tenía poco apetito. Y parecía más cansado cuando se levantaba en la mañana que cuando se retiraba a dormir la noche anterior. Aarón hacía todo lo posible para animarlo. Seguramente ese era el motivo por el cual Dios lo había enviado a buscar a Moisés. Él amaba a su hermano. Se sentía fortalecido por su presencia y estaba deseoso de servir.

—Dime las palabras que Dios te diga, Moisés, y yo las transmitiré. No estarás solo ante el faraón. Iremos juntos. Y, sin duda alguna, el Señor mismo estará con nosotros.

—¿Cómo haces para no tener miedo?

¿Que no tenía miedo? Menos, quizás. Moisés no había crecido sufriendo la opresión física. No había vivido ansiando la promesa de la intervención de Dios. Tampoco había estado rodeado de compañeros esclavos ni de familiares que dependían unos de otros solo para sobrevivir cada día. ¿Conoció Moisés alguna vez el amor, aparte del que recibió del pecho de su madre aquellos primeros años de vida? ¿Se habría arrepentido la hija del faraón de haberlo adoptado? ¿En qué posición la había colocado cuando Moisés se rebeló contra el faraón, y qué repercusiones había causado a Moisés?

A Aarón se le ocurrió que nunca había pensado en esas cosas por estar demasiado inmerso en sus propios sentimientos, en sus rencores mezquinos y en sus celos infantiles. A diferencia de Moisés, él no había crecido como hijo adoptivo de la hija del faraón, rodeado de personas que lo despreciaban. ¿Habría Moisés aprendido a mantenerse oculto y callado para sobrevivir? Aarón no había quedado atrapado entre dos mundos sin ser aceptado en ninguno. No

había procurado adaptarse a su pueblo, solo para descubrir que ellos también lo odiaban. Tampoco había tenido que huir de los egipcios y de los hebreos por igual, ni buscar refugio entre extranjeros para seguir con vida. Tampoco había tenido que pasar años en el desierto, solo, cuidando ovejas.

¿Por qué nunca había pensado en todo esto? ¿Recién ahora su mente y su corazón estaban abiertos a imaginar cómo había sido la vida de Moisés? Aarón se llenó de compasión por su hermano. Ahora ansiaba ayudarlo, alentarle a la tarea que Dios le había encomendado. Pues el Señor mismo había dicho que Moisés iba a ser el libertador de Israel, y Aarón sabía que Dios lo había enviado para apoyar a su hermano y hacer cualquier cosa que Moisés no pudiera hacer.

¡Señor, has escuchado nuestras plegarias!

—Ah, Moisés, me he pasado la vida con miedo, rebajándome ante los capataces y los amos y, a pesar de todo, recibía latigazos cuando no trabajaba lo suficiente para ellos. Ahora, por primera vez en mi vida, tengo esperanza. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. La esperanza expulsa el temor, hermano. Tenemos la promesa de Dios de que ¡el día de la salvación está por llegar! El pueblo se regocijará cuando se entere y el faraón se encogerá de miedo ante el Señor.

Los ojos de Moisés se llenaron de aflicción.

—Él no escuchará.

—¿Cómo podrá no escuchar cuando vea las señales y prodigios?

—Yo crecí con Ramsés. Es arrogante y cruel. Y ahora que ocupa el trono, cree que es dios. No hará caso, Aarón, y muchos sufrirán por su culpa. Nuestro pueblo sufrirá, al igual que el suyo.

—El faraón verá la verdad, Moisés. El faraón reconocerá que el Señor es Dios. Y esa verdad nos hará libres.

Moisés lloró.

* * *

Israel se reunió y Aarón dijo todas las palabras que el Señor le había dado a Moisés. La multitud estaba escéptica; algunos lo decían francamente y otros se burlaban:

—Este es tu hermano, el que asesinó al egipcio y huyó, ¿y es él quien va a liberarnos de Egipto? ¿Te volviste loco? ¡Dios no usará a un hombre como él!

—¿Qué hace de vuelta por aquí? ¡Es más egipcio que hebreo!

—¡Ahora es madianita!

Algunos se rieron.

Aarón sintió que le hervía la sangre.

—Muéstrales, Moisés. ¡Dales una señal!

Moisés arrojó su vara al suelo y esta se convirtió en una enorme cobra. El pueblo gritó y se dispersó. Moisés se agachó y agarró la serpiente por la cola, y volvió a convertirse en su vara. El pueblo lo rodeó.

—¡Hay más señales! Muéstrales, Moisés. —Moisés metió su mano dentro de su manto y la sacó leprosa. La gente lanzó un grito ahogado y retrocedió. Cuando él metió la mano en su manto y la sacó limpia como la de un recién nacido, dieron un grito de júbilo.

No hubo necesidad de que Moisés tocara el Nilo con su vara y lo convirtiera en sangre, porque el pueblo ya lanzaba gritos de gozo.

—¡Moisés! ¡Moisés!

Aarón levantó los brazos, sosteniendo su vara con la mano, y gritó:

—¡Alabado sea Dios, quien ha escuchado nuestras plegarias pidiendo que nos rescatara! ¡Toda la alabanza sea para el Dios de Abraham, Isaac y Jacob!

El pueblo clamó con él y cayeron de rodillas, inclinándose hasta el suelo y adorando al Señor.

Pero, cuando se lo pidieron, los ancianos de Israel no quisieron presentarse ante el faraón. Dejaron que Aarón y Moisés fueran solos.



Con cada paso que caminaba dentro de Tebas, la ciudad del faraón, Aarón se sentía más pequeño y más débil. Nunca había tenido motivos para estar aquí, en medio del ajetreo de los mercados y las atestadas calles, que se levantaban a la sombra de los inmensos edificios de piedra que albergaban al faraón, a sus consejeros y a los dioses de Egipto. Su vida había transcurrido en Gosén, sometido a los capataces y trabajando arduamente para ganarse la vida con sus cultivos y un pequeño rebaño de ovejas y cabras. ¿Quién era él para pensar que podía presentarse ante el poderoso faraón y hablar por Moisés? Todos decían que, aun siendo un niño pequeño, Ramsés había mostrado la arrogancia y la crueldad de sus predecesores. ¡Nadie se atrevería a desbaratar al dios reinante de todo Egipto! Especialmente ¡un anciano de ochenta y tres años como él, y su hermano menor de ochenta!

Yo te envío al faraón. Tú vas a sacar de Egipto a mi pueblo Israel.

Señor, dame valor, oró Aarón en silencio. Dijiste que debo ser el vocero de Moisés, pero lo único que veo son los enemigos que me rodean, riqueza y poder dondequiera que miro. Ah, Dios, Moisés y yo venimos a la corte de un rey como dos viejos saltamontes. El faraón tiene el poder de aplastarnos con su pie. ¿Cómo puedo darle ánimo a Moisés, cuando el mío me falla?

Podía oler el sudor rancio de Moisés. Era el olor del terror. Su hermano apenas había dormido por miedo a enfrentar a su propio pueblo. Ahora estaba dentro de la ciudad, con sus miles de habitantes, sus enormes edificios y las espléndidas estatuas del faraón y de los dioses de Egipto. ¡Había venido a hablarle al faraón!

—¿Sabes adónde vamos?

—Ya casi llegamos. —Moisés no dijo nada más.

Aarón quería darle ánimo, pero ¿cómo lo haría, cuando él estaba luchando contra un temor que amenazaba aplastarlo? *Ay, Dios, ¿seré capaz de hablar cuando mi hermano, que sabe mucho más que yo, tiemble como un junco quebrado a mi lado? No dejes que ningún hombre lo aplaste, Señor. Cualquier cosa que venga, por favor, dame el aliento para hablar y las fuerzas para mantenerme firme.*

Sintió el olor a humo cargado de incienso y recordó que Moisés le había hablado del fuego que ardía sin consumir el arbusto y la Voz que le había hablado desde el fuego. Aarón recordó la Voz. Ahora, al pensar en ella, su miedo

aminoró. ¿No se había convertido la vara de Moisés en una serpiente ante sus ojos y su mano se había marchitado por la lepra, solo para ser sanada de nuevo? ¡Así era el poder de Dios! Pensó en los gritos del pueblo, gritos de gratitud y júbilo porque el Señor había visto su aflicción y había enviado a Moisés para que los liberara de la esclavitud.

Sin embargo...

Aarón alzó los ojos hacia los edificios enormes, con sus columnas inmensas, y se maravilló del poderío de quienes los habían diseñado y construido.

Moisés se detuvo ante una enorme puerta de piedra. A cada lado había bestias labradas, que medían veinte veces el tamaño de Aarón, haciendo guardia.

Oh, Señor, no soy más que un hombre. Yo creo. ¡De verdad! ¡Librame de mis dudas!

Aarón trataba de no quedarse mirando a su alrededor mientras caminaba junto a Moisés hacia la entrada del gran edificio donde el faraón daba audiencia. Le habló a uno de los guardias y los llevaron adentro. El murmullo de muchas voces creció como el zumbido de abejas entre las gigantescas columnas. Las paredes y los techos resplandecían con coloridas escenas de los dioses de Egipto. Los hombres los miraron fijamente a él y a Moisés, frunciendo el ceño con desagrado y replegándose, murmurando.

La palma de la mano de Aarón sudaba mientras aferraba con fuerza su vara. Sentía que llamaba la atención con el manto largo, la faja tejida y el chal de lana que cubría su cabeza polvorienta por el viaje. Él y su hermano se veían extraños entre estos otros hombres, vestidos con túnicas cortas y entalladas y pelucas sofisticadas. Algunos usaban túnicas largas, mantos ornamentados y amuletos de oro. ¡Cuánta riqueza! ¡Cuánta belleza! Aarón nunca había imaginado algo así.

Cuando Aarón vio al faraón sentado en el trono flanqueado por dos estatuas enormes de Osiris e Isis, solo pudo quedarse contemplando el esplendor del hombre. Todo en él proclamaba su poder y su riqueza. El faraón echó un vistazo despectivo a Aarón y a Moisés y le dijo algo a su guardia. El guardia se irguió y habló:

—¿Por qué se presentan ante el poderoso faraón?

Moisés bajó la vista, temblando, y no dijo nada.

Aarón oyó que alguien susurraba: «¿Qué hacen aquí estos apestosos esclavos hebreos?».

Aarón se sofocó al sentir su desprecio. Se descubrió la cabeza y dio un paso adelante.

—Esto dice el Señor, Dios de Israel: “Deja salir a mi pueblo para que celebre un festival en mi honor en el desierto”.

El faraón se rio.

—¿Ah sí? —Otros se le sumaron—. Miren a estos dos viejos esclavos parados ante mí, exigiendo que libere a su pueblo. —Los funcionarios se rieron. El faraón hizo un gesto con la mano como si estuviera haciendo a un lado una molestia menor—. ¿Y quién es ese Señor para que yo deba escucharlo y dejar que Israel se vaya? ¿Dejarlos ir? ¿Por qué haría eso? ¿Quién haría el trabajo que

ustedes nacieron para hacer? —Sonrió fríamente—. No conozco a ese Señor y no dejaré que Israel se vaya.

Aarón sintió que la ira crecía en su interior.

—El Dios de los hebreos nos ha visitado —declaró—. Déjanos hacer un viaje de tres días al desierto a fin de ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios. Si no lo hacemos, nos matará con una plaga o a filo de espada.

—¿A mí qué me importa si mueren algunos esclavos? Los hebreos se reproducen como los conejos. Habrá otros que reemplacen a los que mueran por alguna peste. —Los consejeros y los visitantes se rieron mientras el faraón seguía burlándose de ellos.

El rostro de Aarón estaba encendido, y sentía los golpes violentos de su corazón.

El faraón entrecerró los ojos cuando Aarón se quedó mirándolo fijamente.

—Yo he oído hablar de ustedes, Aarón y Moisés. —El gobernante de Egipto habló tranquilamente, con un tono de voz amenazante.

Aarón se quedó helado al enterarse de que el faraón lo conocía por su nombre.

—¿Quiénes se creen que son —gritó el faraón—, distraendo al pueblo de sus tareas? ¡Vuelvan a trabajar! Miren, hay muchas personas aquí en Egipto, y ustedes están impidiéndoles hacer su trabajo.

Cuando los guardias se les acercaron, la mano de Aarón apretó su vara de pastor. Si algún hombre intentaba agarrar a Moisés, recibiría un bastonazo.

—Debemos irnos, Aarón —dijo Moisés en voz baja. Aarón obedeció.

Parados otra vez bajo el tórrido sol egipcio, Aarón sacudió la cabeza.

—Pensé que nos escucharía.

—Te dije que no lo haría. —Moisés soltó el aliento lentamente y agachó la cabeza—. Esto es solo el comienzo de nuestras aflicciones.



Rápidamente, les llegó la orden de los capataces de que ya no les entregarían más paja para hacer ladrillos, sino que tendrían que buscarla ellos mismos. ¡Y la cuota obligatoria de ladrillos no se reduciría! Se les comunicó la razón. El soberano de Egipto consideraba que eran unos perezosos porque Moisés y Aarón habían exigido que los dejara salir para hacer sacrificios a su dios.

—Creímos que ustedes iban a liberarnos, ¡y lo único que pidieron fue que nos dejaran salir unos días para hacer sacrificios!

—¡Fuera de aquí!

—¡Nos han hecho la vida aún más insoportable!

Cuando los capataces que trabajaban entre los hijos de Israel fueron azotados por no completar la cantidad obligatoria de ladrillos, acudieron al faraón para implorarle justicia y misericordia. Moisés y Aarón fueron a su encuentro. Cuando salieron, los capataces estaban ensangrentados y peor que antes.

—¡Por culpa de ustedes el faraón cree que somos perezosos! ¡No han causado más que problemas! Que el Señor los juzgue por meternos en esta situación

terrible con el faraón y sus funcionarios. ¡Les han dado una excusa para matarnos!

Aarón se quedó paralizado ante sus acusaciones.

—¡El Señor nos liberará!

—Ah, sí. Él nos liberará. ¡Directo a las manos del faraón!

Algunos escupieron a Moisés al marcharse.

Aarón se desesperó. Él creía que el Señor le había hablado a Moisés y que había prometido liberar al pueblo.

—¿Qué hacemos ahora? —Él había pensado que sería fácil; que con una palabra del Señor, las cadenas de la esclavitud desaparecerían. ¿Por qué estaba Dios castigándolos otra vez? ¿No habían recibido suficiente castigo durante todos estos largos años en Egipto?

—Debo orar. —Moisés habló en voz baja. Parecía tan viejo y confundido, que Aarón se asustó—. Debo preguntarle al Señor por qué me envió ante el faraón para hablar en nombre de El, pues solo le ha hecho daño a Su pueblo y no los ha liberado en absoluto.



Las personas que Aarón conocía de toda la vida lo miraban con furia y murmuraban cuando lo veían pasar.

—Deberías haber mantenido la boca cerrada, Aarón. Tu hermano estuvo demasiado tiempo en el desierto.

—¡Hablándole a Dios! ¿Quién cree que es?

—Está loco. ¡Deberías haberte dado cuenta, Aarón!

Dios le había hablado a él también. Aarón sabía que había oído la voz de Dios. Lo sabía. ¡Nadie lo haría dudar de eso!

Pero ¿por qué Moisés no había arrojado su vara y no le había mostrado al faraón las señales y los milagros en el preciso momento que estuvieron en la presencia del gobernante? Se lo preguntó a Moisés. Este contestó:

«El Señor nos dirá qué decir y qué hacer y cuándo, y no vamos a hacer nada más ni menos que eso».

Satisfecho, Aarón esperó, ignorando las burlas y observando a Moisés mientras oraba. Aarón estaba demasiado cansado para orar, pero se sorprendió desconcertado por las preocupaciones relacionadas con el pueblo. ¿Cómo podía convencerlos de que Dios había mandado a Moisés? ¿Qué podía decirles para hacer que escucharan?

Moisés se acercó a él.

«El Señor ha hablado nuevamente: “Ahora verás lo que le haré al faraón. Cuando él sienta el peso de mi mano fuerte, dejará salir al pueblo. De hecho, ¡él mismo los echará de su tierra!”».

Aarón reunió al pueblo, pero ellos no quisieron escuchar. Moisés trató de hablarles, pero tartamudeó y se quedó callado cuando le gritaron. Aarón les respondió a los gritos:

—¡El Señor nos liberará! Él establecerá un pacto con nosotros para entregarnos la tierra de Canaán, la tierra de dónde venimos. ¿Acaso no es lo que

hemos esperado toda nuestra vida? ¿No hemos orado para que llegara un libertador? El Señor oyó nuestras plegarias. ¡Se acordó de nosotros! Él es el Señor y quitará las cargas que nos han impuesto los egipcios. ¡Nos liberará de la esclavitud y nos redimirá con grandes actos de juicio y con Su brazo poderoso!

—¿Dónde está su brazo poderoso? ¡No lo veo!

Alguien empujó a Aarón.

—Si le dices algo más al faraón, nos matará. Pero no antes de que nosotros te matemos.

Aarón vio la furia en sus ojos y sintió miedo.

—¡Manda a Moisés de regreso al lugar de donde vino! —gritó otro.

—¡Tu hermano no nos ha causado más que problemas desde que llegó!

Desalentado, Aarón desistió de discutir con ellos y siguió a Moisés al territorio de Gosén. Se quedó cerca, pero no demasiado cerca, esforzándose para escuchar la voz de Dios, oyendo solamente a Moisés, que hablaba en voz baja y le suplicaba a Dios que le diera respuestas. Aarón se cubrió la cabeza y se agachó en cuclillas con la vara cruzada sobre sus rodillas. Por mucho tiempo que tardara, él esperaría a su hermano.

Moisés se puso de pie, con el rostro mirando al cielo.

—Aarón.

Aarón levantó la cabeza y parpadeó. Era cerca del anochecer. Se incorporó, se aferró a su vara y se puso de pie.

—El Señor te ha hablado.

—Debemos hablar con el faraón otra vez.

Aarón sonrió tristemente.

—Esta vez —le infundió seguridad a su voz—, esta vez el faraón escuchará la Palabra del Señor.

—Él no escuchará, Aarón. No hasta que el Señor haya multiplicado Sus señales y milagros. Dios pondrá Su mano sobre Egipto y sacará a Su pueblo por medio de grandes juicios.

Aarón estaba preocupado, pero trató de no demostrarlo.

—Diré todo lo que me digas, Moisés, y haré lo que me ordenes. Sé que el Señor habla por medio de ti.

Aarón lo sabía, pero ¿el faraón se daría cuenta de eso algún día?



Cuando volvieron a la casa, Aarón le contó a su familia que irían a presentarse nuevamente ante el faraón.

—¡El pueblo nos apedreará! —argumentaron Nadab y Abiú—. Últimamente no has estado en los campos de ladrillos, padre. No has visto cómo nos tratan. Solo vas a empeorar las cosas para nosotros.

—El faraón no escuchó la última vez. ¿Qué te hace pensar que ahora escuchará? Lo único que le importan son los ladrillos para sus ciudades. ¿Crees que dejará que se vayan sus trabajadores?

—¿Dónde está su fe? —Miriam estaba enojada con todos ellos—. Hemos

esperado este día desde que Jacob pisó la tierra de este país. ¡Nosotros no somos de Egipto!

Mientras las discusiones giraban a su alrededor, Aarón vio que la esposa de Moisés lo llevaba aparte. Séfora estaba tan molesta como el resto y hablaba en voz baja. Sacudía la cabeza, acercando a sus hijos a ella.

Miriam volvió a recordarles a los hijos de Aarón cómo el Señor había protegido a Moisés cuando lo dejaron en el Nilo, cómo había sido un milagro que la hija del antiguo faraón lo hubiera encontrado y adoptado.

—Yo estuve ahí. Vi cómo la mano del Señor estuvo sobre él desde que nació. Abiú no estaba convencido.

—Y si el faraón no escucha esta vez, ¿cómo crees que nos tratarán a todos? Nadab se levantó, impaciente.

—La mitad de mis amigos ni siquiera me hablan ahora.

Aarón se avergonzó por la falta de fe de sus hijos.

—El Señor le habló a Moisés.

—¿El Señor te habló a *ti*?

—El Señor le dijo a Moisés que debemos ir ante el faraón, ¡y ante el faraón nos presentaremos! —Los despidió con un ademán de su mano—. ¡Afuera, todos ustedes! Vayan a cuidar las ovejas y las cabras.

Séfora salió silenciosamente detrás de ellos, con sus hijos cerca de ella.

Moisés se sentó a la mesa con Aarón y entrecruzó sus manos.

—Séfora volverá a la casa de su padre y se llevará a mis hijos.

—¿Por qué?

—Dice que aquí no hay lugar para ella.

Aarón sintió que el rostro se le ruborizaba rápidamente. Había notado cómo Miriam trataba a Séfora. Ya había hablado con ella al respecto.

—Comparte tu trabajo con ella, Miriam.

—No necesito su ayuda.

—Ella necesita algo para hacer.

—Puede hacer lo que desee e ir donde quiera.

—Es la esposa de Moisés y la madre de sus hijos. Ahora es nuestra hermana.

—No es nuestra hermana. ¡Es una forastera! —dijo Miriam en voz baja—.

Es una madianita.

—¿Y qué somos nosotros, sino esclavos? Moisés tuvo que huir de Egipto y de Gosén. ¿Esperabas que no se casara ni tuviera sus propios hijos? Es la hija de un sacerdote.

—¿Y eso la hace aceptable? ¿Sacerdote de qué dios? No del Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

—Es el Señor Dios de Abraham, Isaac y Jacob quien llamó a Moisés para que viniera.

—Qué lástima que Moisés no dejó a su esposa e hijos en el lugar al que pertenecen. —Se levantó y le dio la espalda.

Aarón se puso de pie, enojado.

—¿Y adónde perteneces tú, Miriam? ¿Tú, sin marido y sin hijos que se hagan cargo de ti?

Miriam lo enfrentó, mirándolo con ojos alterados y llorosos.

—Yo fui la que cuidó a Moisés mientras iba a la deriva por el Nilo. Yo fui quien le habló a la hija del faraón para que lo devolviera a nuestra madre hasta que fuera destetado. Y por si eso no fuera suficiente, ¿quién se convirtió en la madre de tus hijos cuando Eliseba murió? En caso de que lo hayas olvidado, Aarón, yo soy tu hermana *mayor*, la primogénita de Amram y Jocabed. Yo tuve mucho que ver con tu crianza también.

A veces no era posible razonar con su hermana. Era mejor dejar que analizara las cosas detenidamente por sí misma y mantener la paz familiar. Llegado el momento, Miriam aceptaría por lo menos a los hijos de Moisés, aunque tal vez no a su esposa.

—Hablaré con Miriam otra vez, Moisés. Séfora es tu esposa. Su lugar está aquí, contigo.

—No es solo por Miriam, hermano. Séfora le tiene miedo a nuestra gente. Dice que son tan destructivos e inconstantes como una ráfaga de viento. Ya se dio cuenta de que el pueblo no quiere escucharme. Y que tampoco están dispuestos a escucharte a ti. Entiende que debo hacer lo que Dios me dice, pero tiene miedo por nuestros hijos y dice que vivirá más segura en las carpas de su padre que en las casas de Israel.

¿Sus mujeres estaban destinadas a causar problemas?

—¿Está pidiéndote que vuelvas con ella?

—No. Solo me pide que le dé mi bendición. Y lo hice. Se llevará a mis hijos, Gersón y Eliezer, de vuelta a Madián. Ha vivido toda su vida en el desierto. Estará a salvo con Jetro. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Si Dios quiere, volverán a mí cuando Israel sea liberado de Egipto.

Por las palabras de su hermano, Aarón se dio cuenta de que vendrían tiempos peores. Moisés estaba enviando a Séfora de regreso con su gente, a un hogar seguro. Aarón no podía darse ese lujo. Miriam y sus propios hijos tendrían que quedarse y soportar todas las dificultades que vinieran. A los hebreos no les quedaba otra alternativa más que tener esperanza y orar para que llegara rápido el día de su liberación.